



hasta el Guadiana, mientras Alfonso I el Batallador, rey de Aragon, lo hizo hasta las sierras de Molina. De modo que la batalla de las Navas de Tolosa, ganada por Alfonso VIII, la conquista de las Andalucías por Fernando III el Santo, la de Valencia por Jaime el Conquistador, y la

de Alentejo y los Algarbes por el Portugal, dejaron reducido el poderío de los moros á fines de la edad media á sólo el reino de Granada, cooperando á estos triunfos Aragon, Navarra, Barcelona y Portugal, erigidos en reinos independientes.

CAPÍTULO I

Francia desde la muerte de San Luis.—Felipe III.—Felipe IV el Hermoso.

Felipe III, hijo y sucesor de San Luis, consolidó el poder real, reuniendo á los dominios de la corona muchos feudos vacantes, como los condados de Valois y de Chartres. Dió la investidura del ducado de Guiena á Eduardo I, hijo y sucesor de Enrique III de Inglaterra, y casó con Juana, heredera de la corona de Navarra, á su primogénito Felipe, que despues de ser rey de Navarra por la muerte de su suegro, tuvo que luchar con los reyes de Castilla y de Aragon, que tenian tambien pretensiones al mismo reino. Felipe III tuvo una guerra poco afortunada contra el rey Alfonso X de Castilla, que nombró sucesor suyo á su hijo segundo Sanchico, con perjuicio de los descendientes varones de su primogénito Fernando y de la hermana del rey de Francia. Tampoco consiguió conquistar el trono de Aragon para su tercer hijo Carlos de Valois cuando el papa Martin IV excomulgó al rey Pedro III por haber aceptado el reino de Sicilia, que le ofrecieron los sicilianos, sublevados contra Carlos I de Nápoles. Felipe III murió durante la guerra, y le sucedió en el trono de Francia su hijo Felipe IV, llamado el Hermoso, que ya era rey de Navarra.

Felipe el Hermoso era tan hábil y astuto como orgulloso y ambicioso, y no retrocedía ante ningun medio con tal de conseguir su objeto, que era el establecimiento del poder real absoluto sobre las ruinas del régimen feudal. En la lucha que con este motivo sostuvo con los grandes vasallos de la corona y con la Iglesia, holló con sus piés los derechos mejor fundados,

y usando alternativamente de lá astucia y de la violencia, triunfó de todos los obstáculos que se oponian á la realizacion de sus ambiciosas miras. De esta manera dió un golpe fatal á la autoridad temporal que los soberanos pontífices habian ejercido sobre el mundo católico desde el tiempo de Carlo-Magno, y que hasta entonces habia sido reconocida por todos los pueblos cristianos de Occidente.

La rivalidad entre los marinos ingleses y franceses dió lugar á una lucha entre ellos que principió en Bayona, puerto del ducado inglés de Guiena. Los marinos ingleses atacaron y tomaron la Rochela, y entonces Felipe el Hermoso pidió una reparacion á Eduardo I, que no habia tomado parte en esta guerra; le citó ante el tribunal de los Pares, y se celebró un tratado en virtud del cual fué puesta la Guiena en manos del rey de Francia, que se comprometió á devolverla á los cuarenta dias. Citado de nuevo Eduardo I, y como se negase á comparecer, fué declarado culpable de felonía, y Felipe el Hermoso, violando la palabra dada al rey de Inglaterra, confiscó la Guiena y la incorporó á la corona. En seguida volvió sus armas contra Guido de Dampierre, conde de Flándes, despues de haber excitado contra él á los señores flamencos, lo cual movió á Guido á aliarse con el rey de Inglaterra y con Adolfo de Nassau, emperador de Alemania. Vencido Guido en la batalla de Furnes y abandonado por su principal aliado el rey de Inglaterra, que habia hecho la paz con el de Francia, se



trasladó con sus dos hijos á París, en donde fué puesto en prision. Entónces el condado de Flándes fué confiscado como feudo vacante, y reunido á los dominios de la corona.

Alentado con estos resultados, Felipe el Hermoso no dudó comprometerse en una lucha abierta con el papa Bonifacio VIII. Ya en diversas ocasiones habia violado los derechos y privilegios del clero de su reino, exigiendo el quinto de todos sus bienes muebles é inmuebles, prohibiendo la exportacion del oro y plata de su reino, para privar á la Santa Sede de los auxilios pecuniarios que la enviaba el clero de todos los países, y poniendo en prision al obispo de Pamiers, enviado por el papa en calidad de legado. Bonifacio VIII se quejó de estas violencias en una bula; pero el rey la hizo quemar públicamente, y entónces el papa creyó necesario recordarle solemnemente los principios que formaban la base del derecho públi-

co en la edad media, y así lo hizo en la célebre bula *Unam sanctam*; pero Felipe el Hermoso, por toda respuesta, convocó en París una asamblea de los Estados, é hizo que uno de sus consejeros, Guillermo de Nogaret, leyese una acusacion contra el papa, á quien hizo declarar culpable de simonía y herejía. Bonifacio se preparaba desde Anagni á contestar á este acto tan inaudito excomulgando al rey, cuando fué hecho prisionero por Nogaret, que auxiliado de tropas mercenarias acababa de apoderarse de la poblacion. El papa fué ultrajado, y aunque los habitantes de Anagni le arrancaron del poder de sus perseguidores, murió algunas semanas despues á la edad de ochenta y seis años. La muerte de Bonifacio VIII, á la que siguió de cerca la traslacion de la silla pontifical á Aviñon, marca el principio de un nuevo periodo en la historia de la edad media.



CAPÍTULO II

Desde la muerte de Bonifacio VIII hasta el nacimiento del protestantismo (1303-1517).—El imperio alemán y la Santa Sede desde Rodolfo de Habsburgo hasta el concilio de Constanza (1273-1414).—La Alemania y la Italia hasta la muerte de Enrique VII (1273-1313).

La Alemania, sumida en la anarquía desde la caída de la casa de Hoheustaufen, sufrió cambios importantes en su organizacion interior. La mayor parte de los vasallos de la corona se habian hecho soberanos hereditarios é independientes en los ducados y condados que poseian á título de feudos, y hasta tal punto se habia debilitado el lazo de feudalismo que les ligaba á los emperadores, que éstos no podian ya hacer respetar su autoridad. La separacion política de Italia y la falta de vigor en la accion de los soberanos pontifices, contribuyeron tambien á disminuir el poder imperial. Entónces los emperadores se vieron en la necesidad de buscar otro apoyo, y le hallaron en el engrandecimiento de sus posesiones de familia, tendiendo de este modo á trasformar la monarquía feudal en monarquía territorial. Pero como los príncipes del imperio tenían que ocupasen el trono emperadores demasiado poderosos, negaban sus votos á los hijos de los emperadores reinantes, y eligieron sucesivamente señores que tenían posesiones poco extensas. Éstos, adoptando la política de sus predecesores, se esforzaron en engrandecer sus dominios, y de aquí vino la rivalidad de cierto número de familias señoriales, entre las que se distinguen las de Habsburgo, Luxemburgo y Baviera. La de Luxemburgo ocupó el trono de Alemania durante casi un siglo, y despues fué reemplazada por la de Habsburgo, que acabó por triunfar de

sus rivales cuando reunió bajo su dominio Austria, Bélgica y España, y Carlos V se hizo árbitro de Europa.

La unidad política de Alemania, debilitada por el grande interregno que habia habido, hubiera desaparecido á la muerte de Ricardo de Cornuailles sin la Santa Sede. El papa Gregorio X indujo al arzobispo Werner de Maguncia á que convocase á los príncipes á una asamblea electoral, y ésta, que se reunió en Francofort sin la asistencia del rey de Bohemia Otakar II y del duque Enrique de Baviera, eligió emperador al conde suizo Rodolfo de Habsburgo, conocido por su piedad sincera, su valor y su lealtad. Despues de su coronacion en Aix-la-Chapelle, en la que para el acto de la investidura fué preciso servirse de un crucifijo por no parecer el cetro imperial, el nuevo emperador obligó al duque de Baviera y al rey de Bohemia, que se negaban á reconocerle, á recibir de sus manos la investidura de los feudos que poseian de la corona. Otakar II tomó de nuevo las armas, y murió en una batalla que dió cerca de Viena contra el emperador, que entónces, con el consentimiento de los príncipes alemanes, invistió á sus propios hijos Alberto y Rodolfo con los feudos de Austria, Stiria y Carniol, y dió la Carinthia al duque del Tirol.

De esta manera Rodolfo de Habsburgo afirmó su autoridad y fundó la grandeza de su